



ECONOMIA POLITICA.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

TABACO EN RAMA.

CARTA IV Y ULTIMA.

Mi apreciable amigo: aunque recargado, como nunca, de negocios graves, y aun sin tiempo para escribir á mi familia, ocupó media hora de mi descanso para manifestarle mi opinion sobre la cuestion suscitada por el tabaquero de la Habana, y la doctrina que opone á ella el anónimo de la misma Isla. Esto será muy sencillo, porque seguiré el método rigurosamente analítico, y con el cual es muy difícil no encontrar la verdad.

No me detendré en calcular las pérdidas, que la exportacion del tabaco en rama en 1830, habrá podido causar á los fondos reales; ni tampoco en hacer la distribucion de los valores, que la mano de obra de ellos hubiera dejado en la Isla, entre los torcedores, escogedores, despalilladores, carpinteros y dependientes, que es la primera razon en que se apoya el tabaquero. Yo trato de un principio. Si demostráre que es cierto, quedarán demostradas sus consecuencias; y debe importar muy poco á mi propósito, el que los efectos positivos sean mas ó menos graves “¿Conviene, que un pueblo productor utilice sus primeras materias, y reuna los beneficios fabriles, á los beneficios agrícolas?” Mas claro todavia, “¿Conviene que un pueblo productor reuna dos especies de rentas?” Esta es la cuestion, y no otra. La riqueza de la Isla de la Habana ha aumentado notablemente de algunos años acá, su poblacion, porque ésta está siempre en razon directa de su produccion y de sus medios. Esta poblacion necesita para sostenerse de los que facilita el trabajo á los que no pueden vivir sin él; y no toda ella puede dedicarse á las labores del suelo, yá porque éste no ha menester de tantos brazos, yá porque cada profe-

sion requiere un largo aprendizaje. ¿Por qué, pues, no hemos de facilitar á la parte industriosa de esta poblacion un trabajo que le asegure su existencia, y la haga independiente, hasta cierto punto. En esto todos ganan, y ninguno pierde, como no sea el extranjero, que está siempre en acecho de nuestros descuidos y errores económicos para aprovecharse de ellos. Las cajas reales aumentan sus productos con los mayores rendimientos de los derechos de exportacion del tabaco elaborado; la poblacion fabril subsiste de su propia renta; la Metrópoli recibe indirectamente un beneficio incalculable, porque no se vé acometida de los lamentos de la Isla, pidiéndola medios para llevar sus cargas, tal vez, ruinosos á su agricultura, y opresivos al comercio. Y, sobre todo, ganan las costumbres públicas y privadas, dándose una ocupacion honrosa y lucrativa á hombres que, serían sin ella, la plaga y el azote de la sociedad.

¿Y, acaso pierde alguno? Dirá y dice realmente el anónimo. "Este beneficio, por grande que parezca y pueda ser, es siempre á expensas del cultivador y del veguero; porque el gran derecho del tabaco torcido, disminuirá su consumo y habrá de influir en su produccion:" es un absurdo.

El tabaco habano, no es ya un artículo de moda, que desaparece cuando su alto precio reduce la esfera de los consumidores; ni es tampoco uno de aquellos artículos, que puede tener muchos países naturales: es un producto que satisface una necesidad facticia, que ha venido á ser una necesidad precisa y muy imperiosa, y que no tiene mas que una patria. El consumo no se disminuye sino cuando el precio lucha y se sobrepone á los medios del consumidor; y el extranjero que recibe el tabaco en hoja, y lo labra, le hace pagar á su consumidor la mano de obra, de modo que todo el beneficio de éste se reduce á sufrir el monopolio de una ley muy injusta, diciéndosele "yo recibiré el tabaco en hoja; yo te lo torceré, y tú me pagarás el valor de una hoja regular, como si fuese buena; y mi labor como si fuese semejante á la de la Habana; y para que así lo hagas, te obligo á no fumar, sino á grandes expensas, un cigarro de forma habana, cargando yo éste á su introduccion con un enorme derecho."

Si la Habana elaborase sus tabacos, y adoptase, por su parte, este sistema, lejos de perjudicar los intereses de los vegueros, los favorecería, porque extendería indudablemente el consumo: la Isla clasificaría sus tabacos, y les daría precio, y lo reduciría, cuando lo juzgase necesario; y elaborando mejor y mejor hoja, ó á menos precio, porque no entran terceras manos que tienen que recargarlo con el

interés de sus capitales y sus beneficios, mas ó menos grandes, el consumo sería mayor.

Tenemos dos ejemplos, entre nosotros, que se semejan mucho al del tabaco habano, y que pueden servir á un tiempo, de término de comparacion, aunque cada uno para diferente objeto; el esparto en rama; y los alcoholes y plomos. Si se consulta á los cojedores de la atocha del reino de Valencia y Murcia, nos diran, y ya lo han dicho "que conviene mucho á sus intereses, el que el esparto salga absolutamente libre de derechos, porque aunque su valor es ruin, la produccion es grande, y nosotros no lo manufacturamos." Si se pregunta, por el contrario, al gremio de alpargateros, nos dirán, y ya lo han dicho "que si se prohibiese la salida del esparto en rama, y se le diese la libertad que tiene, al manufacturado en libanes, jarcias, sogas, capachos, alpargatas, y otras obras confeccionadas, el cojedor nada perdería, su industria se perfeccionaría, y el extranjero que se lleva aquel, no nos lo volvería, con un valor casi décuplo, porque esta es cabalmente una primera materia, cuyo valor, es casi todo él fabril" Y, ¿quién es el que titubearía en resolver este problema, una vez supuesta la verdad de los hechos? Yo no diré, que esté indicada la prohibicion; pero ningun hombre pensador dejará de sentir conmigo, que está indicado el recargo á la materia primera, ó al esparto.

Esta pequeña digresion, que no es mas que un ejemplo que confirma la verdad del principio, que tengo establecido, me conduce á hacer á V. estas observaciones.

Si una primera materia, como el esparto, que no se manufactura en una extension proporcionada á la produccion, debe considerarse, como una riqueza propia, que llama á otra riqueza, y que no debemos desperdiciar; ¿con cuánta mas razon, no deberá la industria habanera, elaborar el tabaco, sobre todo, existiendo ya, y aun prosperando, como nos lo asegura el anónimo?

Este anónimo, satisfaciendo á la primera razon del tabaquero, pasa por encima de los hechos principales, y no dice mas, sino que el gremio ó la industria, no está en decadencia, pues que sin contar con el consumo interior, la demanda ha ido en aumento de cinco años acá, excediendo la de 1830 á la de 1827, en 59 por $\frac{0}{0}$; que por el puerto de la Habana no salieron en el año 30, mas que 19.283 arrobas en rama, y 15.690 arrobas torcido; que Cuba extrajo, por su parte, 110.243 arrobas en rama, y 596 arrobas de torcido; que la prohibicion, ó el recargo equivale á

:

decir á Cuba: "¿no tuerces? pues yo quiero que tu tuerzas: ¿no tienes esta industria? pues tenla, aunque sea oprimiendo á tu agricultura."

Lenguaje injustísimo y atroz, que desconoce todo hombre que raciocina, y que desconoció nuestro ilustre Jovellanos, cuando con tanta indignacion, escribió sobre los enormes derechos impuestos á nuestras lanas, para crear, entre nosotros, las manufacturas de paños.

¡Que mal se raciocina, y cuantas ideas, claras por sí mismas, se confunden cuando hay empeño de cerrar los ojos á la verdad! ¡No parece sino que en esto solo consiste la flaqueza humana! "Cada dia tenemos pruebas muy tristes de este doloroso desvarío." Entra en nuestra cabeza una idea: la recibe, ó nuestro interes ó nuestra passion, y no conocemos ya otra, y nos hacemos sordos á la razon, á los hechos, á lo que ha sucedido, á lo que debe suceder.

Si el anónimo desea que se multipliquen en la Habana los talleres de torcido, como en España las fábricas de paños; si esta industria ha prosperado, aun sin el auxilio de las combinaciones fiscales; ¡cuanto no deberia prosperar, con el auxilio de ellas. Que no hay torcedores en Cuba! "excita el interes del hombre, dijo una buena pluma, y este hombre te hará milagros. ¿De qué no es capaz, cuando una passion lo mueve?" — Pero es menester consultar las inclinaciones de los habitantes de todo pais, y no comprometer ninguna especie de riqueza, por favorecer otra. — Un gobierno no consulta las inclinaciones de sus pueblos, sino para darles buenas leyes, que las mejoren, y formen sus costumbres. En cuanto á la industria, ilustra su interes, los lleva de la mano, y los acompaña en los primeros pasos que deben dar por un camino desconocido, y los abandona luego á su propio juicio; asi como lo hace un preceptor con su pupilo, que le desenvuelve la razon, le pone en estado de pensar, le muestra los escollos del vicio, y los bienes que produce siempre la virtud; lo suelta de la mano y lo lanza al mundo. Si los gobiernos hubiesen consultado las inclinaciones de sus pueblos, antes de adoptar reglas para favorecer su industria, seria hoy la tierra una tropa de beduinos ó árabes del desierto. ¿Qué sería de nosotros, si nuestros padres y maestros nos hubiesen educado por la regla de nuestros gustos é inclinaciones? Torcedores habrá en Cuba, como hay torcedores en la Habana; ó irán de la Habana á Cuba como han ido de la Habana á Filadelfia, si tuviesen interes en ir; y no caerá sobre la tierra esa langosta, ni sobre el veguero

ese pedrisco que tanto teme el anónimo; porque, repito, que en consumo de una cosa necesaria, no se disminuye, cuando su precio no sube; ni padece la producción del país productor, cuando es exclusiva de su suelo. Y, vea V., amigo mio, como he venido naturalmente á parar al segundo ejemplo, que ofrecí: *plomos y alcoholes*. Nuestra producción es inmensa; excede á nuestras necesidades; debe salir el sobrante; son necesarios á la industria extranjera, y hasta cierto precio, tienen la exclusiva en el mercado: ¿bajan de esta tasa?, debe salir el sobrante con un pequeño derecho, que no les quite la exclusiva, y que sea provechoso el país. *Aplicación*. El tabaco habano no tiene competidor: su producción es inmensa, y los mercados les están abiertos. La Europa consumirá su sobrante, como su precio no suba extraordinariamente; y la elaboración habanera, lejos de propender á esta subida, propende á la baja.

Yo respeto mucho los talentos y el profundo saber del señor Jovellanos, y confieso que leí con sumo placer, su excelente informe de la ley agraria; pero no puedo convenir con él, en que fuesen imprudentes y opresivos los derechos de nuestras lanas á su salida: estaban indicados, aunque lentamente; porque deberían haber caminado, á un tiempo, con el fomento de nuestras fábricas nacionales, y con el cuidado y mejora de nuestras castas. Lo quisimos hacer todo de una plumada, y éste fue nuestro error. No son los derechos los que han sobrepuesto á la Sajonia, sobre nosotros; son las cruzas, los pastos, el estudio, la observación, que nos ha faltado á nosotros. Y, aunque así fuese; ¿ignora el anónimo, que la lana no es un producto tan exclusivo de nuestro suelo, como lo es el tabaco del suelo de la Isla?

Si hay exageración en la doctrina del anónimo, no la hay menor en los temores del tabaquero. Teme que llegue día en que la Europa le devuelva, y venda el tabaco torcido por ella. Esta es una quimera. El tabaco torcido no podrá volver al país productor, con los gastos que elevan su precio; y no porque el que tuerza la Habana sea mejor, porque no está reservado á la Habana el labrarlo bien; sino porque es imposible que compita por su precio venal é intrínseco, con el tabaco de la Isla.

La segunda razón en que apoya el tabaquero su doctrina, es que el precio de los fletes está gravitando sobre los torcedores. Un tercio paga 6 rs. para venir á Europa, y el mismo elaborado paga desde 10 hasta 20, pierde, pues, en 53.432 tercios, 350.000

pesos anuales. Esta razon es poderosísima, y por eso el anónimo no la toca, aunque yo no crea que grave sobre los torcedores: gravita sobre las cajas reales, sobre la navegacion, y el comercio, en general.

La tercera razon del tabaquero es, que el tabaco torcido en la Habana no puede competir con el labrado en Francia, en Inglaterra y Norte-América. Un millar de tabaco torcido en la Habana, cuesta de 20 á 22 rs.: en Europa cuesta mucho menos. Este millar cuesta en la Isla 10 pesos: sus fletes, derechos de salida y entrada, seguros y comisiones ascienden á 11 ó 12 pesos; vale, pues, 22 pesos; y este mismo millar en hoja elaborado en Europa vale de 8 á 10, porque su precio es menor, menores los derechos y fletes, y mas económica la mano de obra.

No sé yo si estos cálculos son rigurosamente matemáticos; pero tampoco me importa conocerlo. La mano de obra debe ser mas económica, porque los jornales son mas baratos; y el tabaco de millar tiene que competir con un tabaco de mezclas, que si es desechado por los fumadores de gusto, suelen preferirlo los que no lo tienen, y los que van á lo barato. La reaccion es contra los torcedores, contra el fisco que pudiera cargar el buen tabaco de la Habana; y sobre todo, contra los consumidores que compran por tabaco habano, un cigarro inglés de larga talla, que no tiene de habano mas que una mala hoja exterior.

Yo seria, pues, amigo mio, de opinion, que sin tomar ejemplo de lo que hacen otras naciones, ni de lo que deja de hacer el Congreso de los Estados-Unidos, con sus tabacos de Maryland, Virginia, Carolina del Norte y de otros estados Occidentales de la Union, que no están en la misma línea que el de la Habana, ni pueden comparársele.

1.º Que el tabaco habano en hoja, con destino á la Metrópoli, es decir, á su gobierno, que es el que únicamente puede labrarlo en sus reales Fábricas, sea libre, á su salida. Es un sacrificio que debe la Isla, en compensacion á los que hace, en su favor, la Metrópoli.

2.º Que el tabaco torcido en la Habana y que se conduzca al extranjero, pague un derecho tan mínimo, que cubra la diferencia que las tarifas extranjeras establezcan entre el torcido en la Habana, y el en rama.

3.º Que por la misma base se recargue en la Habana, á su salida, el tabaco en rama, con el mismo destino.

De este modo se respetan igualmente los intereses de los torcedores y de los vegueros; de la industria agrícola y de la industria fabril; y se favorecen los del fisco, y los de los consumidores. Queda de V. su afectísimo amigo Q. S. M. B.

Manuel María Gutiérrez.

ARTES DE IMITACION.

De la necesidad de su estudio metódico.

CARTA I.

Señor editor de las *Cartas Españolas*: mi apreciable amigo: grande es el empeño en que me pone V. obligándome á que le manifieste mi opinion en una materia que yo considero ya como apurada. Dígolo así atendiendo á lo mucho que se ha hablado sobre la necesidad de hacer un estudio metódico de las artes de imitacion para llegar á la posible perfeccion en ellas. Que el arte debe caminar de acuerdo con la naturaleza, es para mí una proposicion tan sencilla como palpable, y tan demostrada por la marcha gradual de los conocimientos humanos, que no puede quedar de ello la menor duda. Por lo mismo creo que desde el momento en que Horacio la anunció en su famosa carta, consignó en ella un axioma contra el cual no hay argumentos.

Mas sucede á veces que los principios fundamentales que deben servir de base á las artes de imitacion, pierden con el tiempo su primitiva fuerza, y caen en el abandono ó en el desprecio. Semejantes en esto á las máximas luminosas que arroja de suyo la experiencia de los siglos que nos han precedido, apenas servirian para arreglar por ellos nuestras operaciones si de tiempo en tiempo no procurásemos despertar en el animo las impresiones que los mismos le produjeron.

El olvido ó acaso el desden, que muchas veces por necia presuncion, afectan algunos hacia aquellos principios, da margen á sentar proposiciones falsas que lisonjeando al amor propio dan aliento á la

incuria, y por consiguiente á la ignorancia. El artista que llega á presumir que la buena disposicion natural, ó sea el genio, basta para producir grandes cosas en las artes, se envolverá en un error grosero con el que se perjudicará á sí propio y juntamente á los progresos del arte á que se dedique. El genio, no hay duda, es el primer elemento de un imitador de la naturaleza: sin él todo cuanto le rodea carece de vida y de atractivo; todo en sus manos estará yerto como su corazón. Pero sin otro auxilio que sus propias sensaciones; ¿llegará muchas veces al término de una imitacion verdadera? ¿No se extraviará, no se ofuscará con el cúmulo de sensaciones que percibirá simultáneamente? ¿No marchará casi siempre á merced de las mas agenas de su objeto principal? ¿Y se fijará facilmente en uno que tenga este carácter, y será único y constante en su obra? ¿No caerá tal vez cuando creia elevarse, ó no se remontará á las nubes cuando creia caminar por la tierra? En fin ¿no producirá las mas veces monstruos y quimeras? El ingenio sin el auxilio del arte, es un potro desbocado cuya briosa lozanía hallará su término en un precipicio inevitable.

Vuelvo á repetirlo, amigo mio: el poeta, el pintor, el músico, el cómico, y todos cuantos tienen á su cargo, representar la naturaleza segun sus diversas modificaciones, deben contar en primer lugar con el temple de su alma, en segundo con el arte. Separados estos dos agentes de la imitacion será casi nulo el poder de cada uno de ellos. Inutilmente nos afanariamos en probar lo contrario; siempre concluiríamos que es indispensable que obren de consuno. El alma vé y concibe; el arte rige y ordena. Las concepciones de la primera, cuando carece de guia, son obscuras, tumultuosas y de accion simultánea; la severidad ordenada del segundo es inútil si no tiene sobre quien ejercerla.

Cuando algun artista desdeñando el arte afirma que todo el éxito artístico depende del alma exclusivamente, incurre en una contradiccion risible que entonces no conoce, porque no está á su alcance; pero que es muy facil hacer manifiesta. Convendré de buena fé en que no todo lo que debe saberse se aprende por la teoría, y aun diré mas; que hay en las artes ciertas delicadezas, ciertos secretos misteriosos, que solamente la práctica puede descubrir. Pero concedido todo esto aun tendremos derecho para exigir que igualmente se nos conceda, que el estudio profundo de las teorías prepara el anticipado descubrimiento de aquellos mismos secretos. Vamos ahora á dejar manifiesta la contradiccion anunciada.

Bien sabe V. amigo mio que, segun el proverbio vulgar, nadie nace enseñado. Todos debemos la poca ó mucha instruccion que tengamos, ya el estudio metódico, ya á un concurso de circunstancias favorables al desarrollo y direccion de nuestras facultades morales. Dado este supuesto, yo quisiera preguntar á cualquiera que haga alarde de desdeñar el arte ¿si cree obrar sin él en las imitaciones que hace de la naturaleza, y si no echa de ver por los resultados el poderoso influjo que ejerce en su entendimiento aquel secreto regulador de todas sus operaciones? Si se negase á reconocer ese influjo, no habrá mas que presentarle sus mismas obras, manifestarle las razones que le obligaron á proceder de aquella manera con preferencia á otras, y demostrarle que tales motivos y consideraciones fundadas en razones de conveniencia, componen en suma lo que todo el mundo llama arte. V. le desdeñará cuanto quiera, podría decirsele; V. habrá descuidado su estudio, pero las advertencias de personas inteligentes, la propia observacion y las lecciones de la experiencia, le han obligado á deducir principios estables, máximas ciertas, que V. mismo enseñará como tales siempre que quiera indicar el sendero de la buena imitacion. ¿Qué importa que V. no haya estudiado prévia y metódicamente su arte? Esos principios, esas máximas que V. adopta como garantes del acierto, son el arte mismo, si bien con la circunstancia de que un estudio que haciéndole prévio y metódico habria podido reducirse á un corto período de tiempo, adquirido por el solo conducto de la práctica ha necesitado el transcurso de muchos años para que V. haya llegado á poder deducir las máximas y principios fundamentales de aquel arte. Triste recurso, del cual se comienza á recoger el fruto cuando el artista se acerca al sepulcro.

Es pues indudable que las imitaciones de la naturaleza se hacen siempre con la guia del arte. Hay muchos artistas que obran con la mayor sujecion á las leyes de aquel, y decimos de ellos hiperbólicamente, que carecen de arte: otros saben ocultar diestramente el influjo de este, lo que hace su mayor elogio; porque el acercarse á la verdad posible, imitar el desconcierto aparente de la naturaleza, conservando sin embargo el orden, es justamente un esfuerzo sublime del arte mismo. De todas maneras el arte nos guia en la imitacion de los objetos naturales; y si fuese posible figurarnos una creacion imitativa, absolutamente libre de aquel, sus extravagancias y caprichos podrian dar márgen á meditaciones profundas acerca de la teoría de nuestras sensaciones.

De cualquier modo que miremos la cuestion presente, si se con-

cede que hay principios estables y máximas ciertas que guian al artista en las imitaciones que hace de la naturaleza, si estas son fruto de las artes, y han de llamarse artistas los que las ejercen, será siempre un contraprincipio inconcebible recurrir al arte como ocioso, siendo el regulador principal de las operaciones del genio.

Estas breves razones expuestas con la concision que corresponde á una carta, bastarán sin embargo para que V. desenvuelva otras muchas que yo enunciaría con gusto si no creyese ofender su penetracion. En otra carta indicaré cuales auxilios reciben del arte las imitaciones que se hacen de la naturaleza y cuán necesarios son los escritos filosóficos aun para aquellas artes que menos acomodables parecen á teorías escritas.

Entre tanto queda de V. como siempre afectísimo servidor y amigo Q. S. M. B.

J. de la R.

LITERATURA POLACA.

Adan Mickiewicz se ha dado á conocer ventajosamente en Europa por su Conrado, bosquejo histórico, sacado de los anales de la Lituania, y por sus sonetos de Crimea; pero lo que mas le ha recomendado por su originalidad y valentía es la pieza siguiente, que él mismo tradujo al francés.

EL FARIZ. (*)

¡Cuan dichoso es el árabe cuando montado en su corcel, se lanza desde las rocas en el desierto, cuando los pies de su bridon sumergiéndose en la arena, levanta el mismo murmullo que el hierro ardiendo mojado en el agua! Vedlo allá cual nada en el Occéano de arena, y cual hiende las áridas ondas con su pecho de delfin.

Aprisa, aprisa: apenas toca con sus pies la faz de las arenas:

(*) Fariz es un título de honor que entre los árabes vale tanto como *caballero*. Los arabistas pretenden que de *fariz* viene en castellano la palabra *alferez*.

aguija aguija; ya se lanza envuelto en un turbillon de polvo.

Es negro, el corcel mio como nube de otoño: blanca estrella, como la aurora brilla sobre su frente: da al viento su crin hermosa como garzotas ondeantes, y sus pies cuatralbos vibran centellas de fuego.

Vuela, vuela, bridon mio, el de la estrella blanca: selvas, montañas, abrid paso, dadme lugar.

En vano la verde palma se me brinda con sus dátiles y sombra; yo desprecio su hospedaje. La palmera avergonzada huye de mí, se oculta en el Oásis, y en el susurro de sus hojas parece que se burla de la temeridad mia.

Las altas rocas, custodios de la frontera del desierto, vuelven sobre mí su faz negra y torba, repiten la carrera de mi caballo, y parece que me amenazan así.

“El insensato ¿dónde vá? Su cabeza no encontrará ya amparo contra los dardos del sol, ni bajo la verde cabellera de la palma, ni bajo el blanco pabellon de la tienda. Allí no hay mas que una tienda, la bóveda del cielo. Allí las rocas solas pasan la noche: solo las estrellas viajan por allí.”

Yo corro mas y mas: vuelvo la cabeza y miro las rocas huir avergonzadas de mí, y que se ocultan y bajan sus crestas las unas tras las otras.

Pero el águila escuchó sus amenazas, y juzga con loca presuncion que me hará su prisionero en el desierto, se lanza por los aires, y sigue mis huellas con carnívoro afán, y tres veces cerniéndose en el cenit me rodea la cabeza con una negra corona.

“Yo siento, yo percibo, grito de lo alto, el olor de un cadáver: ó caballero insensato, ó desgraciado bridon. ¿El ginete inquiera aqui la senda? ¿el caballo busca aqui la yerba? ¡Insensatos! El viento solo halla aqui el camino, las sierpes solas encuentran aqui su pasto. Los cadáveres solos descansan en el desierto, y los buitres tan solo viajan por él.”

Asi gritando roncamente me amenazaba esgrimiendo sus garras. Tres veces se encontraron nuestros ojos y tres veces nos medimos con gesto amenazador: y de los dos ¿quién se arredró? El águila fué que huyó aterrada.

Corro mas y mas, y cuando volví los ojos, el águila estaba lejos, muy lejos, suspendida del aire como una mancha negra, grande como un gilguero, luego como una mariposa, despues como el mas pequeño insecto, y en fin se desvaneció entre el azul de los cielos.

¡Corre, vuela, corcel mio, el de la blanca estrella! ¡Rocas, águilas, hacedme lugar!

Pero una nube oyó las amenazas del ave carnívoro, y desplegando en el éter sus cenicientas alas comienza á perséguirme, presumiendo ser en el cielo tan veloz como yo sobre la tierra, se fija sobre mi cabeza, y así me amenaza entre los silvos del viento.

“¡El insensato donde vá! El calor le fundirá el pecho cual si fuese cera: ningun celage con su lluvia le templará su cabeza cubierta del polvo mas sofocador, ninguna fuente lo llamará con voz sonante y argentina, ni la mas leve gota del rocío llegará á él para consolarle, porque apenas cuajada, ya la hábrá devorado con su aliento el viento de fuego.”

En vano me amenaza. Yo corro mas y mas, y la nube vencida del cansancio comienza á vacilar en los cielos, dobla su altiva cresta y busca apoyo sobre una roca. Cuando volví la cabeza un horizonte entero nos separaba; pero sin embargo divisé la nube y sobre su faz leí lo que pasaba en su corazon. Primero se tiñó en rojo de encendida rabia, luego vistió la amarillez de la envidia, y por último poniéndose negra como un cadáver se ocultó detras de las montañas.

¡Vuela, vuela, bridon mio, el de la blanca estrella: nubes y aves hacedme lugar!

En aquel punto, como si fuera el sol, di una mirada en derredor por todo el horizonte y no ví á nadie: yo solo estaba en el desierto.

Aqui la naturaleza aletargada no se despertó nunca por los cuidados del hombre. Aqui los elementos no se mueven en torno de mí, así como los animales de una isla descubierta por la vez primera, no se asustan con las miradas del hombre.

Pero ¡oh Alah! yo no soy aqui el primero, ni el solo venido. Allí en campo cercado de arena miro brillar numerosa comitiva. ¿Serán éstos pacíficos viajeros, ó salteadores que acechan los pasos del peregrino? Corro á ellos y no se mueven, les grito y nada me responden.

¡Oh Dios! estos son cadáveres, es la antigua caravana exhumada por el viento del hondo de las arenas. Sobre los esqueletos del camello, cabalgan los huesos de los árabes: por los cóncabos donde en otro tiempo se animaban los ojos, y por las mandíbulas descarnadas se desliza corriendo la arena sutil, y este murmullo parecen amenazas.

“¡El insensato donde vá! mas allá el huracan lo espera, y tendrá nuestra propia suerte.” Yo los desprecio y corro y vuelo mas y mas: ¡cadáveres y huracanes hacedme lugar!

Un huracan, el mas terrible de los que estremecen el Africa discurria solitario por el Occéano del desierto. Me divisa al lejos, se maravilla al verme, detiene el paso, y enroscándose en sí mismo, se dijo.

“Quién es aquel viento el mas débil de todos mis hermanos, » que con su vuelo lánguido y perezoso, se arriesgó á entrar hasta » en mis estados hereditarios.”

Encendido en rabia, marcha en contra mia como pirámide ambulante, y reconociéndome por un mortal, furioso y despechado hiere el suelo con su planta, y trastorna la mitad de la Arabia. Me asalta y prende como el sacre á la paloma: con sus alas fulminantes me azota y me maltrata, me abrasa con su aliento de ascua, me lanza en el aire, y me rechaza al suelo. Yo me defiendo y combato, y rompo vigorosamente los nudos gigantescos de sus turbillones; lo desgarró y lo muerdo, y tasco entre mis dientes las arenas de sus miembros. El huracan quiere evadirse y deslizarse en forma de columna, del ahogo de mis brazos; no puede lograrlo, y se estrella y rompe. Su cabeza se desvaneció en lluvia de polvo, y su enorme cadáver cayó á mis pies como las murallas de un alcázar.

Entonces respiré, levanté los ojos y los fijé fieramente en las estrellas, y todas las estrellas fijaban sobre mí sus ojos de oro, pues en el desierto nadie habia sino yo.

¡Oh cuan dulce es respirar aqui con toda la holgura de su pecho! Yo respiro libre, ancha y desembarazadamente, y todo el aire del Arabistan bastará apenas para el pecho mio. ¡Oh cuan dulce es mirar de aqui con todo el alcance de su vista! mis ojos se engrandecen, se fortifican y alcanzan mas allá de los límites del horizonte. ¡Oh cuan dulce es extender aqui sus brazos franca, poderosamente y en toda su extension! me parece que con ellos abrazaría todo el universo desde el oriente al ocaso. El pensamiento mio se lanza como una flecha alto, muy alto, mas alto todavia hasta llegar al abismo de los cielos. Y como la abeja envia su vida en el aguijon que dispara, asi yo con mi pensamiento elevo en los cielos todo mi espíritu.

El Solitario.

BOLLETTIN.

COSTUMBRES.

LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aqui de provincias tan distantes
concurrén, ó por gracia ó por justicia,
diversas lenguas, trages y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
forman tumulto, confusion y priesa
tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

B. DE ARGENSOLA.

Pocos dias ha tuve que salir á recibir á un primo mio que viene á Madrid desde Mairena (Reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de Escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazán, sino la compaseada galera en que sabia venir el casi-Escribano. Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase á donde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon y *pian, pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monotonía armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jarleos y rondeñas de los zagales.

«¿Y bien, primo mio, que te parece del aspecto de Madrid? — Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez *la perla del dezierto*; y oyez, y tuvieron rasón zuz fundadarez en zituarle sobre alturaz, porque zinó, con ezte rio, á donde vamo-ha-paral..... — «Ya te entiendo; pero en cambio tienes aqui éste que sino es un gran puente, por lo menos es un puente grande.» — Zin duda, y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz coplillaz que disen.....

«Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano de Rioseco;



La que haciéndose ojos toda
 Por ver su amante pigmeo,
 Se queja dél porque ingrato
 Le dá con arena en ellos,
 La que.....

“¿Acabarás con tu pintura?” = Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habrémoz de detenernoz en la puerta. = Y con efecto fue asi, porque llegando á ésta, y mientras se verificaba la operación del registro se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dosis de malicia, tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual y excitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

— Vas á entrar en Madrid (le dije), por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la córte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones, y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trages y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*. — “Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zen-tadoz; aprovechemoz ezte poyito.”

No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un Valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venia á todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba las mulas, contextaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchára mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno, emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender orchata, y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones: tales eran los proyectos de este Proteo mercantil. Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro calificamos pronto de Extremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distin-

tas edades: eran padre, hijo y nieto, y traian á éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género, y demas, concluyendo con una disertacion choricera, capaz de excitar al mas inapetente. Aún no se habia acabado cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran Manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto: empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia, nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia 20, ellos sacaban 19, y volviendo á contar solo resultaban 17; por último, se fijaron en 18, pagaron su cuota y echaron á correr. Otro carromato. — ¿De dónde? — De Murcia y Cartagena. — ¿Carga? — Naranjas y granadas. — Al menos es cosa de sustancia. — Ahora van vmds. á probar que la tienen.

— “A un lao, zeñorez, exclamó mi primo levantándose, á un laito por amor de Dios que viene aquí la gente.” Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos ginetes encima. — “Á la paz de Dios, caballeroz, saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demas.” — Toque ezoz sinco paizano, dijo mi primo sin poderse contener ¿de qué parte del paraizo? — De Jaen, replicó con un ronquido el viejo. — Buena tierra zinó eztuviera tan serca de Caztilla. — Maz serca ezta del sielo. — Como que tiene la cara de Dios. — Y como que zi; pero dejando ezto, no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traído ezta puerta, porque ó me engañan miz vizuallez, ó no eztaba añoz atraz quando yo eztuve en ezte lugar? — Asi es la verdad, le contesté, porque hace pocos años que se substituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital. — Ahora, (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Canan.

Divertíamos asi nuestro camino, contemplando la múltitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobretodo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las pro-

vincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuando con un corro de mugeres cosiendo al sol, cuando con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren, asturianos que retozan, carreteros que descargan á las puertas de las posadas, filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia, por el otro un entierro solemne..... *Favor al Rey.* — *Agur camaraca.* — *Requiem eternam.* — *Pué ya..... el demonio del usia!* — *Caballero una calesa.* — *Vaya usted con Dios, prenda.* — *Chas..... á un lado, la diligencia de Vista Alegre.* — *Aceituna bué.....* — *Señores por el amor de Dios.* — *Riá..... tomá..... só..... ó..... o..... generala, coronela.* — *Perdone usted caballero.* — *No hay de qué.....*

Con estas y otras mil voces, la continua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle que estaba parado delante de la fuente nueva. — ¿Qué haces hay parado? le pregunté con algun ceño. — “Qué he de haser, hombre, eztoy recordando todo el Bufon á ver zi zaco en limpio que animalejo ez eze que eztá ahí ensima.” — Majadero, ¿no conoces que es el Leon?.... — “Como no lo dice el letrero.....” — Vamos, vamos.

“*Parador de Cadiz.*” — “*Aquí se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*” — “*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*” — “*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*” — “*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*” — “*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*” — “*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*” — ¿Qué demonios estás diciendo? Leo laz mueztraz, contestó mi primo. Vaya déjate de tonteras y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio..... “Pazito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñez la horca antez que el lugar.”

Tremendos cartelones. — Teatro del Príncipe. — *El castillo de Slaomins Coylz ó los siete Crimenés.* — Cruz. — *Los asesinos elegantes.* — Sarten. — *Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-lóbrego. — “Oyez primo, y ze entretienen loz zeñorez Madrileñoz con eztaz lindesaz?” — Que quieres, ¡el gusto del siglo!.... — Pue hemoz llegao á un ziglo divertio.

Soberbia perspectiva base eza iglesia. — Como que es la principal de la Corte y dedicada á su santo patrono. — Póngaze en primer lugar en mi libro para vizitarla mañana.

Á este punto y hora llegábamos cuando vimos á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en el medio dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la plaza Mayor. Guardapieses amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian casi echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfadado

singular. Aquí de la turbacion de mi primo; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas, — “*Oyga señor vision,* (le dijo) *déjenos el paso franco.* — ¿Á dónde van laz reinaz? — *A perderle de vista.* — Si nesesitazen un hombre al eztrivo. — *¿Y son asi los hombres en su tierra? Jesus, ¿qué miedo!* — Y qué ¿no me han de dar un poco de naranja? — *Tome el rocin venido.* — Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar á mi primo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entretanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habíamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

El curioso parlante.

TEATROS.

EDIPO. = *Tragedia en cinco actos*, representada por primera vez en el coliseo del Príncipe en la noche del 3 del corriente. Su autor don *Francisco Martinez de la Rosa.*

La gran concurrencia que acudió á la representacion de esta tragedia era un resultado de su crédito literario. Desde por la mañana hubo que poner en las puertas de los despachos los palenques que oportunamente se han establecido para impedir el desorden. No es ya la ópera la que exclusivamente los reclama: el teatro español dá señas de vida, y la engreida Euterpe cede á su vez el paso á Talía y Melpomene. Mejor es que vivan como buenas hermanas, y que no sea una sola la que triunfe y se engalane á expensas del decoro, de la decencia y del bien estar de las otras.

Habia circulado la especie de que nada se habia omitido para la pompa de este espectáculo: la noticia salió cierta. Apenas se corrió el telon, la vista de los espectadores se sorprendió agradablemente con una magnífica decoracion, de forma desconocida hasta ahora en nuestros teatros, figurando una gran plaza de Tebas, teniendo al fondo el pórtico del palacio, á un lado la fachada del templo de Júpiter, y al opuesto la entrada del Panteon de los Reyes. Los ac-

cesorios de grupos de gentes, con ramos de oliva en la mano y guirnaldas en la cabeza, postradas en señal de súplica ante dos aras colocadas á la puerta del templo; los acentos de una música religiosa, y los cantos del coro; la presencia del Sumo Sacerdote, y la bien entendida distribucion de toda la escena; anunciaron desde luego que nos hallábamos en un día de representacion clásica, de aquellos en que realmente el espectáculo vale mas de lo que cuesta, y en que todo se reúne para corresponder dignamente en este género á lo que exige el alcázar de las artes en una capital civilizada. En París no se representa tragedia alguna con mas esplendor que el que ha brillado en *Edipo*

El asunto de esta tragedia es de suyo tan trágico y tan terrible, que á pesar de cuanto acerca de él quiera analizarse y discutirse, ha de interesar, y producir sentimientos vivos en el ánimo de los espectadores. Este ha sido su resultado en los muchos años que van desde que se pone en escena, en países tan diversos, en épocas tan distintas, y á presencia de costumbres tan varias. La aceptacion y aplauso que el argumento de *Edipo* logró en Grecia y en Roma se han transmitido sin interrupcion hasta los tiempos modernos. Sabido es que Sofocles llevó en su época el arte de la tragedia al mayor grado de perfeccion, y que su *Edipo*, imitado mas ó menos por cuantos se han ejercitado en reproducirle, ha servido siempre de modelo admirable, y justifica la gran reputacion del poeta griego. Se sabe tambien, que éste, acusado por su hijo ingrato de haberse debilitado en sus facultades intelectuales, en términos que se le suponía incapaz de vacar á los negocios de su casa, probó que habia conservado toda la fuerza de su cabeza, leyendo á sus jueces su tragedia, escrita á la edad de ochenta años. Él fijó la decencia y la dignidad del coturno: y *Edipo* es de todos modos su obra maestra; á pesar de la fatalidad que conduce al protagonista á poner sobre su padre una mano impía, á compartir el lecho de su madre, y á tener hijos de este enlace incestuoso. Sus aventuras extrañas y horribles, interesan tanto mas, cuanto el incesto y el parricidio son obra del destino, y no suya. No es mi intento aunque fuera oportuno, reproducir aquí las comparaciones que se han hecho entre el *Edipo* de Sofocles, y los otros muchos que le han seguido. *La Harpe* no titubeó, acaso muy ligeramente, en dar la preferencia sobre todas, á la que escribió en francés un jóven demasiado célebre, á quien supone que Sofocles apenas suministró material para hacer dos actos. La parte patética del poeta francés, y de los demas que han hecho

:

tragedias sobre este fondo, está evidentemente sacada del poeta griego. Sofocles en esto fue un modelo portentoso. Edipo interesa, conmueve: sus catástrofes y el fatalismo que las preside arrebatan, y producen una impresion profunda.

*Ainsi pour nous charmer, la tragedie en pleurs
D'Edipe tout sanglant fit parler les douleurs.*

El rico asunto de Sofocles hizo que en él se ejercitase tambien la pluma del gran *Corneille*. Si el jóven poeta francés, de quien se ha hablado, se lució en el estilo y en las sentencias, *Corneille* en la misma obra (que está lejos de ser la mejor de las suyas) no dejó, según su costumbre, de presentar retazos enérgicos en expresion y en pensamientos sublimes. Hay en esta historia de Edipo, que se ve abrumado por la fatalidad, un fondo tan profundo que no es posible dejar de percibir las impresiones mas terribles. No son pocos los críticos que han discutido sobre si la tragedia griega es ó no admisible en el teatro moderno: y aun el mismo señor *Martinez de la Rosa*, en la advertencia que precede á su obra, despues de celebrar la bellísima produccion de Sofocles, dice: = “¿Mas este mismo argumento, si se le presenta en el teatro moderno, podrá prometer un éxito, ya que no igual, al menos parecido? El erudito *Estala* opinó que los asuntos griegos, cuyo fatalismo pueda convertirse en una pasion humana, son adaptables á nuestro teatro, como los de *Fedra*, *Ifigenia* y otros semejantes: pero los *Edipos* (dice) las *Medeas* y los *Atreos*, jamas haran mucha fortuna en nuestro teatro, por mas que los desfiguren.” = Si *Estala* viviese y asistiera á las representaciones actuales del *Edipo*, veria que no acertó en su fallo: porque nada resiste al poder del ingenio y á la destreza de una buena pluma. El *Edipo*, que *Estala* opina ofrecer un argumento que no puede hacer fortuna en nuestro teatro, está en él produciendo un efecto portentoso, y atrayendo á un público crecidísimo, que no se cansa de admirar las bellezas de una produccion, que sobre un argumento antiguo, ha colocado en la corona dramática española, una de las joyas mas brillantes que pueden hermosearla. Merced al autor que no necesitaria de otros títulos que los que le da su *Edipo* para ocupar en el *Parnaso* trágico uno de los puestos mas distinguidos y encumbrados. No sé, en lengua castellana, qué tragedia podrá rivalizar con ésta; mas acabada, mas sencilla, mas interesante y bien escrita; y en cuanto á las extranjeras, no será difícil probar

que está en el caso de no temer comparaciones con las de primer orden y mayor crédito.

El autor español, sin dejar de hacer una tragedia original, nada ha desaprovechado de lo bueno que sobre el mismo argumento han escrito sus antecesores. En la elegante advertencia que ha puesto al frente se deja conocer lo mucho que los ha estudiado; y acaso mas feliz que ellos, viniendo mas tarde y teniendo mas puntos de comparacion, ha evitado con el mayor acierto muchos de los escollos en que otros incurrieron. El que encuentro inevitable (juzgando por mis propias sensaciones) es el de tenerme que estremecer á cada instante por las desgracias y horrores que caen sobre un inocente; mas diré... sobre un hombre que interesa vivamente, y que nada tiene que reprenderse. Cuando se me dice que en esto estriba el principal mérito de una obra, consagrada á pintar las sentencias de la fatalidad, no dejo por eso de pensar que admitiendo este principio, los hombres todos deberíamos temblar bajo la mano de un poderio injusto y caprichoso. Convengo, como he convenido, en que Edipo interesa mucho, porque es desgraciado: pero no puedo menos de pensar con Lamotte, poeta frances que tambien manejó este asunto, que ser desgraciado, sin merecerlo, envuelve un ejemplo repugnante. "Una fatalidad tan tiránica (decia el mismo Lamotte) debe producir desesperacion en los hombres." Edipo mató á su padre; pero fue en empeñada contienda, y sin saber á quien mataba. ¿No desespera despues verle tan execrablemente tratado por un crimen involuntario? Edipo se convirtió en esposo de su madre. ¿La conocia? Oigo decir que en todas estas reflexiones, y en las que de ellas pueden derivarse, aplicadas al teatro hay exageracion. Los mismos atenienses (se añade por otros), asistiendo á las representaciones de Edipo, y empapándose en las doctrinas de la fatalidad, vivian tranquilos bajo sus dioses; y querer racionar demasiado sobre obras artísticas de esta especie suele ser un medio de debilitarlas y desnaturalizarlas. = Sea, y no sigamos esta cuestion por ahora: hablemos solo del arte, de la maestría, de la gran capacidad dramática que el autor español ha desenvuelto en su bellísima tragedia.

La exposicion es de las mas hermosas que pueden presentarse. Todo se dice en ella, todo se entiende. Edipo desde el primer instante ocupa el gran puesto que le corresponde en el cuadro del drama. Lo mismo sucede con el gran sacerdote; porque en cuanto á Yocasta, en esta tragedia, debe reconocerse que marcha en línea bastante secundaria. Solo una vez puede decirse que es *ella misma*.

La acción se acrece de un modo natural, fácil, y á la par interesantísimo; siempre vamos de menos á mas, hasta el gran momento de la explosión. Los caracteres son perfectos, y el personaje de Phorbas, por su modo de aparecer, y por las situaciones en que su presencia anima la acción, es uno de los mas hábilmente retratados: toda la importancia que el poeta le dá viene á refluir sobre el interés del drama con admirable encadenamiento. El desenlace me parece magnífico, y muy preferible al del mismo Sofocles, en el que hay que soportar largo rato á Edipo en la escena, despues de haberse sacado los ojos, en medio de las repetidas lamentaciones del coro, y teniendo que oír las minuciosas disposiciones que el mismo Edipo dicta á Creon, relativas al sepulcro de su esposa, á sus hijas, y demas pormenores consiguientes. Edipo en Sofocles puede decirse que hace su testamento en la escena. Todo esto, á vista del público, y acompañado del espectáculo de los *cóncauos sangrientos*, sería prodigioso entre los griegos; pero ofrece grandes repugnancias á la civilización moderna. En el bello desenlace del señor Martínez de la Rosa, solo hay tiempo para decir los dos versos últimos, mientras se ve al protagonista atravesar la escena en tan miserable estado. Su tránsito por ella es uno de los golpes escénicos mas enérgicos y hábilmente concebidos que pueden presentarse en el teatro. El efecto no titubea, y el movimiento simultáneo de los expectadores para levantarse va acompañado de la caída del telon. El ánimo sale realmente conmovido, y la impresión es honda y sostenida. He aquí el gran triunfo del poeta.

Los coros que exornan esta tragedia producen un resultado excelente. Una de las circunstancias características del teatro antiguo era, segun algunos, la de que sus dramas se cantasen enteros: de todos modos la música antigua se ha perdido enteramente. Los coros que acompañan á la tragedia del señor Martínez de la Rosa son de Mercadante: todos sencillos, melancólicos, magestuosos, ricos de armonía y muy bien desempeñados por los coristas.

No faltan críticos que, mas provistos de deseos de arañar reparos que de verdaderos medios para fundarlos, quieren encontrar en esta tragedia una versificación inferior á la pompa métrica que corresponde á Melpomene. Acusan á sus versos de sencillez tan exagerada que degenera en prosaismo. No me parece que puede (en lo general) hacerse un cargo mas infundado. La noble sencillez griega, imitada en todo el drama, recibe su aplicación inmediata en la misma versificación, y á la manera de expresar los conceptos: pero

el estilo es siempre noble, puro; los conceptos grandes y análogos á las situaciones; y el poeta nunca puede decirse que peca por no saberse elevar á lo que en este género se dice ser coherente á la tragedia. Examínense todos los versos, por ejemplo, que estan en boca del gran sacerdote; y sirvan entre ellos de muestra los siguientes:

Respirad ¡ó tébanos! Ya los dioses
 vuestros humildes votos acogieron,
 y el término se acerca á tantos males,
 anuncio de la cólera del cielo.
 Padres, hijos, esposos, ciudadanos,
 ¡ tranquilos respirad! Sobrado tiempo,
 agolpados al borde de la tumba,
 temblasteis de la muerte al crudo aspecto.
 El fuego asolador, la peste, el hambre,
 cuantas plagas encierra el hondo averno,
 sobre Tebas á un tiempo desplomadas,
 la trocaron en mísero desierto,
 y hasta la misma tierra estremecida
 se negaba á sufrir su ingrato peso.
 Mas al fin ya los númenes benignos
 el brazo de venganza suspendieron,
 y por primera vez tras largos años,
 sonó su voz en el augusto templo.
 Yo la escuché ¡ mortales!.. Mas tremenda
 que el huracan y el espantoso trueno,
 yo la escuché: y el mundo con asombro
 hoy la oírá de mi labio. En vano ciegos
 descansan tras el crimen los mortales,
 cual si olvidase su castigo el cielo;
 que llega al fin el formidable dia
 destinado á la ruina y escarmiento,
 y el soplo de los númenes deshace
 las ciudades, los tronos, los imperios.
 Mas hoy, ya solo, en su piedad inmensa,
 una víctima exigen, no pudiendo
 dejar impune el crimen mas oculto;
 y al punto que le venguen, satisfechos
 con el largo dolor que afligió á Tebas,
 el duro azote arrojarán al fuego.

En la escena sexta del quinto acto:

¿Nó oís, mortales, no oís?... La voz de Jove
 retumba ya sobre el excelso olimpo;

y al eco de su ira, titubean
 la firme tierra, y el profundo abismo.
 ¿Quién escapar podrá de su venganza?
 ¿Quién?... &c.

Fuera asimismo operacion fácil la de citar grandes rasgos de imaginacion y de expresion: v. gr.

.....

 Mas yo luchando y reluchando ciego
 del buen Layo toqué la tumba helada.
 ¡Infeliz!... con extrépito la losa
 saltó en pedazos mil: pálidas llamas
 salieron del sepulcro, y al reflejo
 ví la sombra de Layo alzarse airada,
 estenderse, crecer, tocar las nubes,
 y en el profundo abismo hundir la planta.

Fenelon admiraba la bella sencillez del estilo de la tragedia de Sofocles: y al mismo aprecio me parece que es acreedor el de la española. ¡Que de primores en este género, no se encuentran en la escena de recíproca confianza entre Edipo y Yocasta. La Harpe (observa un excelente crítico), censura al poeta griego en esta parte; no vé en esta misma escena sino una desnudez vergonzosa; así es que opone á la naturalidad de Sofocles, las variadas amplificaciones de su brillante maestro, que lo era el jóven de quien se habló al principio de este artículo. El señor Martinez de la Rosa, en esta parte mas cauto, mas verdadero y exacto, ha considerado muy oportunamente que semejante situacion no admite ornamentos tan refinados, y que Edipo y Yocasta en momentos tan terribles, no pueden entretenerse en descripciones muy estudiadas, y en frases demasiadamente alambicadas y poéticas. Edipo acaba de ser públicamente acusado de ser el matador de Layo: Yocasta tiembla á la idea de verse unida al asesino de su primer esposo; á un malvado maldecido de los dioses y de los hombres. ¿Ambos, no han de ir directamente al hecho, y procurar instruirse uno de otro, en una comunicacion natural y expansiva? “¿Qué se pensaría. (dice un gran escritor extranjero hablando de esto mismo), de un hombre que, entrando en su casa en el mayor desórden, perseguido por unos ladrones, se entretuviese en contar á su muger en estilo muy épico y florido, todos los minuciosos pormenores de tan cruel aventura? Sofocles lleno de admirable naturalidad, lo mismo que el autor español, sabia sin embargo componer muy elegantes versos. En concepto de cuantos le en-

tienden bien, su *Ajax*, su *Electra*, su *Filoctetes* abundan en retazos muy poéticos y muy sublimes; pero Sofocles y el señor Martinez de la Rosa, han creído, y han creído muy bien, que un marido y su muger que se comunican confianzas tan terribles, de las que depende su suerte, no deben hablar como suelen hablar los poetas. *Non erat hic locus*: dicen los buenos críticos, y añaden: los retazos sentenciosos, los giros magníficos, las ampli-ficaciones de una versificación rotunda podrán en semejantes es-cenas ser defectos muy brillantes; pero siempre serán defectos."

¿No se hallan por esto en la tragedia del señor Martinez de la Rosa algunas repeticiones viciosas, algunos versos duros, algu-nas frases demasiado triviales?..... Sin duda alguna. En el Mo-nólogo de Edipo, acto cuarto, se nos dice en muy cortas distancias:

Los ojos de este *padre desdichado*.....

Que afligen á su padre *desgraciado*.....

Fué *desgraciado*

aún mas que criminal, &c.

A hacerle llevaderas sus *desgracias*.....

Y aparta de sus sienes las *desdichas*.....

Muchas *desdichas* y *desdichados*, *desgraciados* y *desgracias* son éstas para aglomerarse tan de golpe.

Pueden igualmente citarse giros demasíadamente vulgares: por ejemplo:

El llegar *cuanto antes* á Corinto.

¿En dónde está?

Tal vez *ya se habrá ido*.

¿Lo sabes *tú de cierto*?

Y tan de cierto,

Como que el niño le entregué yo mismo.

Hay versos duros.

Correr tus tristes lágrimas, *que ellas*.....

Yo lo diré..... yo fui el asesino.....

Pero seguir en estas citas fuera minucioso, cuando en cambio habría tanto que citar, hermoso y sublime. *Non ego paucis offendar maculis*. Bueno fuera sin embargo que no se encontrasen en obra tan bella y tan completa.

El conjunto de su representación ha sido notablemente bueno por parte de los actores, sin que falte no obstante materia para dirigir á algunas observaciones críticas que tienen en que fundarse. Pero fijémonos en lo plausible, ya que la regularidad reina en el todo. Yocasta, que como he dicho tiene un papel secundario, se ejecutó con la esquisita sensibilidad que caracteriza á la actriz que la representa. Edipo es terrible, magnífico, imponente: tiene inspiraciones y momentos que honrarian al mismo Talma, y que nos reproducen á Maiquez. No en todo es igual: pero está en el principio de su carrera, y se ve en él al actor futuro, siendo ya muy distinguido en lo presente. El papel de Edipo va á formar época para fijar su reputación.

El director de la escena ha dado pruebas muy positivas de delicada inteligencia en la difícil parte que tiene á su cargo. El cuadro escénico, en todos sus cambios y accidentes, está sabiamente manejado; y no ha contribuido poco al triunfo de una representación tan digna de excitar la aprobación pública.

Terminemos con cuatro palabras, respecto á la decoración escénica de esta tragedia. Es buena en general: pero la compromete horriblemente aquel malhadado palacio del fondo, que aunque de orden corintio, que de suyo es el mas adornado de la antigüedad, ha sido recargado por el pintor de una manera que ofende á la sencillez griega. Además el empeño de presentar en poco trecho la alzada de dicho palacio hace que este lo sea en miniatura. Con haber presentado un pórtico saliente por un costado, suponiendo oculto para el espectador el cuerpo principal del edificio, se hubiera evitado todo. El templo de Júpiter está bien colocado: el panteon produce buen efecto. La estatua ecuestre puede reputarse inutil, y de estorbo en un escenario reducido. Además, no sé si los griegos vaciaban estatuas en bronce: cuando su entusiasmo por algñn héroe ó divinidad llegaba á lo sumo, solian alguna vez (aunque rara) vaciarlas en oro. Por lo demas la piedra fue constantemente el material que prefirieron.

J. M. de Carnerero.

Revista Semanal.

CRÓNICA EXTRANJERA. = Se ha suscitado un *pleito muy grave* en el Almirantazgo de los cinco puertos, en Inglaterra. Trátase de la propiedad de una gran ballena cojida en la costa de Kent. Lord Wellington la reclama en su cualidad de Lord Guardian de los cinco puertos; pero tambien hay otra reclamacion á nombre del Rey, en virtud de su derecho de pesquision. El doctor Philimore ha pronunciado en favor de Lord Wellington un discurso muy elocuente, fundándose en que la ballena es uno de los pescados que corresponden al dicho Lord Guardian, por privilegio de su empleo. — Un flamenco acaba de sacar una cosecha de cera prensando con fuerza las flores del álamo metidas en unos talegos. La cera extraida es de buen uso, y conserva muy buen olor. Semejante experiencia (dice la *Gaceta de Francia*) merece repetirse. — En todas las partes del mundo se aumentan los periódicos con asombrosa rapidez. Lo extraño es ver en el dia que en Argel y en Constantinopla hay dos periódicos; publicado el uno por los franceses, y el otro bajo la sancion del Gran Turco. Los negros de Siberia tienen tambien sus gacetas, y las últimas que se han recibido de Swam-River dicen que el papel manuscrito, que era el único alimento literario de aquella colonia, ha sido remplazado por un periódico impreso, y que ha empezado á salir con regularidad. — La rabia periodista se ha manifestado tambien entre los naturales del Indostan. No contentos con el *Jan-Jaham-Nama*, publicado por Hurré Hurduttu, el *Soodhakur*, el *Pruhbakua*, el *Huzcurú*, y otros varios periódicos, en número de nueve, dados á luz todos por naturales, acaba de aparecer el décimo. Está escrito, la mitad en lengua persana, y la otra mitad en bengalés. Tambien vá á publicarse otro papel llamado *India-Gacette*, en lengua bengalesa persana. La principal cuestion de que tratan dichos periódicos es la del sacrificio de las viudas, quemándose con sus maridos: asunto sobre el que hay la mayor divergencia de opiniones. — Se piensa en este momento en un tratado de comercio entre la Francia y la Inglaterra: parece que en ésta los derechos de entrada para los vinos experimentarán una disminucion considerable. — En noticias de Bruselas se anuncia la muerte del general Belliard.



MISCELÁNEA.

LAS SESENTA MADRES DE OCHOCIENTOS TREINTA Y NUEVE HIJOS. = Una de las funciones mas singulares que hubo en la coronacion de Guillermo IV, Rey de Inglaterra actual, fue sin disputa la que dió Mr. Jilstone, cirujano de Conglenton. Reunió á tomar el té á sesenta mugeres, madres de ochocientos treinta y nueve hijos. Las edades reunidas de doce de ellas solo componian trescientos dos años. El viernes anterior á la funcion, anunció el pregonero que Mr. Jilstone se proponia el dia de la coronacion dar á todas las madres que tuviesen mas de doce hijos, y quisieran aceptar su convite, una taza de té excelente, realzado ademas con buen rom viejo de la Jamaica, de primera calidad. En el número de las que quedaban se hallaba una pobre muger conocida de Mr. Jilstone: habia tenido once hijos, y pretendia que estando esperando otro muy en breve, éste completaba la docena, y le daba derecho para entrar. Mr. Jilstone la observó que no podia separarse de la regla, pues solo habia convidado á las madres de doce hijos, y replicó que la diese billete por si acaso: lo extraño es que en la mañana del dia de la coronacion, el comadron estaba ya esperando el duodécimo hijo. La enviaron el té á su casa. Otra singularidad de la circunstancia, es que una de las que se esperaban, madre de quince hijos, envió á buscar el té, anunciando que una indisposicion lá impedia asistir á la mesa; y parece que la indisposicion de la tal señora solo provenia de haber dado á luz aquel mismo dia su décimo sexto hijo. No tenia mas que treinta y un años, y es inutil decir que en los partos mas veces habia tenido dos hijos que uno solo.

VESTIDOS PRESERVADORES DEL FUEGO. = No hace mucho que en la academia de Ciencias de París, Mr. Gregori ha dado á conocer los nuevos medios empleados por Mr. Origo, comandante de los bomberos de Roma, para preservarlos de la accion de las llamas. Despues de muchos ensayos, inspirados por la práctica de los antiguos romanos, que empleaban una mezcla de arcilla y vinagrè para apagar los incendios, Mr. Origo ideó, siguiendo los métodos indicados por los señores Gay Lusac y Aikins, el empapar muchas veces en una solucion saturada de sulfato de alumina y de sulfato de cal, y despues de secos, en agua de jabon hasta saturarse, dos uniformes comunes de bomberos, asi como las botas, los guantes, y dos capuchas del mismo paño. Con este equipaje fueron vestidos los bomberos; llevaban tambien máscaras incombustibles, cubiertas de paño preparado con la solucion salina mencionada: una rejilla mecánica cubria sus ojos, y en la boca y orejas se les pusieron esponjas húmedas. Asi vestidos entraron en una casa incendiada, de veinte y tres pies de largo y tres de

ancho, cuyo piso estaba cubierto de pequeños trozos de madera ardiendo. La atravesaron diez veces, y sacaron las vigas incendiadas y las barras de hierro enrojecidas, sin el menor inconveniente, y salieron al cabo de quince minutos que permanecieron entre el fuego, sin que sus vestidos hubiesen padecido. Esta experiencia confirma completamente lo que ya se sabia sobre la posibilidad de introducir bomberos en las casas incendiadas, y como el vestido propuesto por Mr. Origo solo costará 50 francos por hombre, seria preferible por esto, al vestido de amianto ideado por Mr. Aldini. (*Archives de Medicine*).

APUNTES VOLANTES.

— *Baile general de Cristobal Colon en la India.* = Al leer este anuncio del teatro de la Sarten, decia una dama: "mas valor es menester para dar un baile asi en ese teatro que el que necesitó el mismo Cristobal Colon para descubrir el Nuevo Mundo."

— "Yo no sé á que vienen los músicos á la orquesta" (decia la misma dama en su palco hace dos noches). = ¿"Pues no vienen á tocar en los entreactos? (le replicó el elegante don**). = "Sí: ¿pero tienen mas que dejar en los bancos sus violines? "Las sinfonías que nos regalan son tan vetustas, que ellas sonarán *de por sí*, sin necesidad de que los músicos vengan á tocarlas."

— Suelen aparecerse en las tablas cantantes que no ha muchos años eran aplaudidos, y mas tarde fastidian. ¿Cantan peor que entonces?... — No señor. Consiste en que el gusto del público se perfecciona con la práctica de oír, y con el tiempo: las comparaciones acaban por endoctrinarle. ¿Cómo han de complacer ciertas cosas despues de haber visto otras? Los jueces, á medida que se hacen mas ilustrados, se hacen tambien mas exigentes; hombre hay que entonces tenia orejas de Midas, y ya empieza á tener oídos. Cuando estos últimos son los que realmente juzgan, no se crea que se aplaudirá *hoy*, solo porque se aplaudió *ayer*. Es preciso que el mérito del cantante se ponga de acuerdo con los adelantos del público.

— *Povera é nuda vai Filosofia*: decia el poeta italiano. *Pobre y desnuda vas, Literatura*: digamos nosotros ahora, al saber que se ha hecho la traduccion de una novela de cuatro tomos por el módico estipendio de doce duros *la obra entera*; lo cual si no miente el cálculo, hace salir el volúmen á sesenta reales. No es caro por cierto. ¿Corresponde el mérito del libro al precio en que se ha vendido? Se ignora; pero es bien fijo que un traductor de este temple puede que ganase mas detras de un bionbo escribiendo memoriales en el patio de correos; *Oh tempora!*

— "No hay remedio, amigo mio: (decia no ha mucho una sabidilla á su querido, jóven de mérito y poeta).... Nuestro signo es el de amarnos mas que *Luisa y Velarde*." — (Eloisa y Abelardo quiso decir sin duda). ¿Qué cosa tan mona es una Dulcinea cultilatiniparla!

Los precios de los principales frutos en las provincias que á continuación se expresan, desde el 8 al 16 del mes de enero último, han sido los siguientes.

FRUTOS.

PROVINCIAS.	FANEGA CASTELLANA.					ARROBA CASTELLANA.				LIBRA CASTELLANA.			Jornal del campo.		
	Trigo.	Centeno.	Cebada.	Maiz.	Judías.	Garbanzos.	Arroz.	Aceite.	Vino comun.	Aguardiente.	Vaca.	Carnero.		Tocino.	
Alava.	38		18	20	29	82	28	60	17	37	1	2	1	10	5
Aragon.	34	23	13	14	34	63	21	53	6	22	1	2	2		4
Asturias.	30	21	23	18	26	68	34	47	27	64		24	25	2	4
Avila.	35	16	13		54	52		42	18	47		26	32	2	18
Burgos.	36	21	15		38	54	36	53	13	32		30	1	2	11
Cartagena.	50		20	25	42	105	19	52	22	30		1	14	1	14
Cataluña.	42	29	19	27	42	47	23	45	7	24	2		2	17	3
Córdoba.	38	24	15	25	60	78	23	37	20	51	1	3	1	3	2
Cuenca.	33	19	14	21	50	83	19	41	9	14		28	1	12	2
Extremadura.	36	19	16		21	94	28	44	15	61	1		33	2	1
Galicia.	36	22	19	23	25	98	29	56	17	59	1		1	1	17
Granada.	42	26	16	24	42	71	20	46	12	34	1	3	1	9	2
Guadalajara.	33	20	14		48	86	22	44	11	40	1	30	1	14	2
Guipúzcoa.	39		22	19	33	94		60	20	56	1			2	2
Jaen.	33	19	12	20	47	59	21	36	9	34	1	6	1	7	2
Jerez de la Frontera.	49		20	29	47	90	23	52	26	58	1	13	1	12	2
Leon.	31	20	13		32	53	30	48	10	40		28	29	1	13
Madrid.	40	18	17		59	80	23	41	13	40	1	6	1	6	2
Málaga.	48		15	32	15	84	21	42	14	58	2	1	2	3	3
Mallorca.	43		19	41	28			27	6	18	2		1	26	3
Mancha.	33	16	13		28	59	18	37	9	27		32	1	2	2
Murcia.	41	25	17	22	35	62	18	42	13	40		24	1	8	2
Navarra.	33	16	14	20	36	51		51	6	12	2		2	17	1
Palencia.	32	23	14		35	71	28	51	8	25		28		32	1
Salamanca.	32	12	13		46	44	23	43	12	30		26		31	2
Santander.	47	18	21	24	27			15		1		1		9	2
Segovia.	34	18	15		31	53	29	44	16	46		24		28	1
Sevilla.	43	28	17	27	60	89	28	38	20	43	1	31	2	4	1
Sierra - Morena.	31	26	14		52	50	15	36	15	50		27	1	6	2
Soria.	30	19	13	15	41	67	24	54	9	41	1	2	1	10	2
Toledo.	36	18	12		52	90	20	38	20	34	1		1	17	3
Valencia.	44	35	20	24	37	77	18	41	8	30	1		2	2	2
Valladolid.	30	15	12		44	50	28	48	11	35	1	2	1	12	2
Vizcaya.	40		19	23	28	96	27	52	18	39	1			2	2
Zamora.	31	17	13			53		50	12	21	1		1	2	2

Ofrecen los precios referidos los resultados siguientes.

TÉRMINOS DE PROPORCION.

FRUTOS.	MAXIMUM.	MEDIO.	MINIMUM.
Trigo.	Cartagena. 50	{ Madrid. } { Vizcaya. } 40	{ Asturias. } { Soria. } { Valladolid. } 30
Centeno.	Valencia. 35	{ Aragon. } { Palencia. } 23	Salamanca. 12
Cebada.	Asturias. 23	{ Madrid. } { Murcia. } 17	{ Jaen. } { Toledo. } { Valladolid. } 12
Maiz.	Mallorca. 41	{ Cataluña. } { Sevilla. } 27	Aragon. 14
Judías.	{ Córdoba. } { Sevilla. } 60	Valencia. 37	Málaga. 15
Garbanzos.	Cartagena. 105	{ Granada. } { Palencia. } 71	Salamanca. 44
Arroz.	Burgos. 36	Soria. 24	{ Sierra-More- na. } 15
Aceite.	{ Alava. } { Guipuzcoa. } 60	Salamanca. 43	Mallorca. 27
Vino comun.	Asturias. 27	Segovia. 16	{ Aragon. } { Mallorca. } { Navarra. } 6
Aguardiente.	Asturias. 64	Alava. 37	Navarra. 12

Carnes.

Vaca.	Málaga. 2 1	Jerez de la Frontera. 1 13	{ Asturias. } { Murcia. } { Segovia. } 24
Carnero.	{ Cataluña. } { Navarra. } 2 17	Toledo. 1 17	Asturias. 25
Tocino.	Sevilla. 4	Madrid. 2 20	Alava. 1 10

JORNAL DEL CAMPO. { Jerez de la }
Frontera. } 6

- Aragon.
- Asturias.
- Avila.
- Burgos.
- Cartagena.
- Granada.
- Guadalajara.
- Santander.
- Segovia.
- Sierra-More-
na.
- Soria.
- Toledo.
- Valencia.
- Zamora.

- Córdoba.
- Extremadura
- Galicia.
- Jaen.
- Leon.
- Mancha.
- Palencia.
- Salamanca.
- Sevilla.
- Valladolid.

OBSERVACIONES.

TERMINOS DE PROPORCION.

1.ª La sementera continúa en todas partes prometiendo una buena cosecha, excepto en algunos puntos de las provincias de Cataluña, Murcia y Valencia, en que se experimenta sequedad.

2.ª Las enfermedades estacionales siguen en el mismo estado, con corta diferencia, que en la semana anterior, excepto en Almagro, donde las calenturas pútricas se disminuyen.

MINIMUM	MEDIO	MAXIMUM	FRUTOS
12	17	23	Cebada
14	27	41	Mais
17	37	60	Judias
14	27	105	Garbanos
15	24	38	Aroz
27	43	60	Alfalfa
6	16	18	Vino común
12	37	45	Vino de uva

M. M. G.



24	13	21	Vaca
22	17	27	Carnero
10	20	45	Tocino
3	4	6	Lechuga
3	4	6	Lechuga